

Ana González Duque

42 SEMANAS



42 semanas

Ana González Duque

Esencia/Planeta

© Ana González Duque, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Ilustración de la cubierta: Dani Jiménez
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: enero de 2022
ISBN: 978-84-08-24578-0
Depósito legal: B. 265-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Hay tres cosas que la sociedad no ve bien que hagas si eres pediatra: odiar a los niños, ser poco empática y acostarte con los padres de tus pacientes. La tercera debería estar grabada a fuego en la puerta de la facultad.

—Lo siento mucho. Vamos a tener que ingresarla en cuidados intensivos: su hija tiene meningitis. —No puedo impedir que la voz me tiemble al decirlo.

La madre baja la cabeza sobre los rizos de su hija menor, que aún es demasiado pequeña para comprender qué le pasa a su hermana. El padre me sostiene la mirada fríamente y yo sé entonces que no volverá a besarme nunca. Que nunca volveré a dormirme entre sus brazos. Que lo nuestro ha acabado ahí.

* * *

Se llama David. Nos conocimos en una cena de trabajo, tres meses antes de que le diagnosticara meningitis me-

ningocócica a su hija mayor, cuando yo intentaba montar una plataforma de consulta *online* para padres. Pretendía, de esa manera, disminuir los motivos banales de consulta en Urgencias, que eran los culpables de que otros niños más graves esperaran a ser atendidos. David era el gerente de una potente empresa que había ofrecido una beca a emprendedores sanitarios. Habíamos hablado por teléfono antes, pero no nos habíamos visto hasta esa noche.

Mientras lo aguardaba en la barra del bar, me maldecía a mí misma por llegar siempre antes de la hora. Con las prisas, además, había olvidado las tarjetas de visita que tan primorosamente había impreso. Me miré de reojo en un espejo, para asegurarme de que no me había despeinado y de que mis ojeras perpetuas estaban disimuladas. No solía maquillarme y arrastraba —para desesperación de mi madre— una cara de lechuguina posguardia perenne, pero había puesto especial esmero en dar buena impresión esta vez. Estrenaba una blusa de gasa beige que me había regalado mi progenitora por mi cumpleaños. «Es de esas que disimulan culo y caderas», me había dicho la madre que me parió, combinando como siempre el reproche con el regalo. Unos pantalones negros con zapatos de salón, también negros. Como complemento, unas argollas doradas. Elegante pero formal. Me hice un guiño a mí misma y oí un carraspeo a mi espalda.

Esperaba a alguien mayor. Y por su mirada incrédula, supongo que él también.

—¿Marta? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí. —Sonreí intentando controlar los nervios—. Supongo que eres David.

—Sí, soy David. Pensaba que era puntual.

—Eres puntual. Es que tengo la maldita manía de llegar siempre antes.

Sonrió.

—¿Pasamos?

El salón del restaurante tenía un brillo dorado. El eje del local era una barra de acero con forma de ola alrededor de la cual las mesas, como pequeños satélites, decían que la gente iba allí a relajarse y a olvidarse del paso del tiempo. Nuestros pasos sonaban suaves sobre las lamas de madera del suelo al caminar entre las mesas hacia una para dos que nos habían reservado al fondo. Las conversaciones creaban un efecto dulce de ambiente, como el sonido del mar rompiendo contra el acantilado. Separó mi silla de la mesa y luego se sentó y clavó en mi rostro sus ojos azul marino.

—Reconozco —dijo— que pensaba que tenías unos veinte años más que yo.

—O sea, que hablo como una viejecita —repuse.

Se rio, y su risa desató una serpiente en mi estómago.

—No, por favor, no lo tomes como una ofensa. Pareces muy madura por teléfono. Sabes perfectamente lo que quieres y cómo lo quieres. Esto ha sido una sorpresa total.

—¿Qué es lo que te sorprende?

—Ver que una cabeza amueblada tiene un envoltorio atractivo es siempre agradable.

Me sonrojé. «¿El gerente de la empresa con la que quiero trabajar está coqueteando conmigo? Nota mental: creo que tengo que salir más de compras con mi madre.»

—Gracias —respondí. ¿Qué otra cosa podía decir?

—Perdona —dijo con una sonrisa—. No quería incomodarte. ¿Qué idea tenías para la plataforma?

Asentí y saqué el iPad para presentarle el proyecto mientras los camareros, en una danza perfecta, dejaban y retiraban platos. Pero la semilla estaba plantada. No podía quitarle los ojos de encima. Era como si tuviera un imán. Cada vez que su mano rozaba —¿sin querer?— la mía, mi corazón parecía una de esas bolas de cristal con nieve. Se llenaba de pedacitos de deliciosa emoción agitada.

Pasamos del tema del proyecto a otros con mucha facilidad mientras la ensalada le cedía el puesto al segundo plato y este al café.

—No, gracias —respondimos al unísono cuando nos propusieron el postre. Y nos miramos sonriendo. Sus ojos contrastaban con su pelo, muy oscuro.

Sentí un cosquilleo de deseo en el cuerpo, avivado por el vino de la comida. Me llevé la taza de café a los labios, esperando tragarme aquel anhelo junto con el amargor de la bebida. No podía liarme con él. Si quería que el proyecto fuera adelante, no podía cagarla de esa manera.

Empecé a disculparme después del café.

—¡Uf! —exclamé. Acababa de ver la hora en el reloj—. No me había dado cuenta de lo tarde que es. Mañana tengo guardia. Debo irme ya.

Él se levantó y me ayudó a ponerme la chaqueta antes de salir a la calle.

—¡Taxi! —grité con la mano levantada para detenerlo.

—¿Me dejas que te acerque a casa? Tengo el coche aquí mismo.

Lo miré. Por un segundo, el aire entre nosotros se cargó de energía sexual. Todo dependía de la decisión que tomara yo en ese momento. «Ay, Dios», pensé. La situación había perdido todo barniz de reunión de trabajo. Lo que quedaba era el deseo entre un hombre y una mujer, y me sentí arrastrada, como en una tormenta, por las necesidades de mi cuerpo.

—Vale. —Bajé la mano que llamaba al taxi. Cuando la cogió para acompañarme hasta su coche, su olor a jabón y a almizcle me envolvió como una red. Y yo me dejé atrapar.

Quince minutos después, el automóvil aparcó frente a la puerta de mi pisito de alquiler. Yo ya sabía lo que iba a pasar.

—No —dije cuando sus labios descendieron sobre los míos.

Él me miró, con un brillo salvaje en los ojos.

—¿Por qué?

—Esto no es una buena idea —intenté explicar. Sabía que si empezaba, no íbamos a quedarnos en un beso. Liarnos terminaba con mis posibilidades de conseguir una beca de su empresa. Me mordí los labios y la tensión sexual se incrementó.

—Por favor —susurró él, a dos milímetros de mi boca—. Te deseo.

No pude resistirlo. Me apoderé de sus labios y él de los míos. Y durante tres meses, se apoderó también de mi vida y de muchas de mis noches, hasta que le diagnosticqué meningitis a su hija en una guardia. Me enteré —entonces— de que estaba casado y era padre.

* * *

Salgo del hospital a las ocho de la noche, atontada. Como un boxeador tras un K. O. Echo a andar por la acera en plan autómatas, sin dejar de pensar en lo que ha sucedi-

do. Tengo derecho a estar furiosa, a sentirme desgraciada, a escupirle al destino porque yo no tendría que haber hecho este turno, pero una compañera enfermó y me tocó a mí cubrirla. Aunque habría sido peor enterarme después. Una lágrima traicionera me baja por la mejilla y yo la espanto. Miro a mi alrededor. Tengo la sensación de que todo el que pasa se da cuenta de que mi corazón sangra.

Al empujar la pesada puerta de cristal de El Mismo y ver a mi hermana esperándome en la barra, siento que los acontecimientos del día me superan. El Mismo es un bar diminuto de aire anticuado pero acogedor en la calle Jorge Juan, con las paredes pintadas de gris oscuro y música de los ochenta, que se llena con solo veinte personas. Ya está demasiado lleno. Gente guapa y joven que ha salido del trabajo hace un par de horas y se toma la última antes de regresar a casa. Natalia está sentada con un gin-tonic en una mano y el móvil en la otra. Levanta la cabeza cuando entro y la sonrisa se le congela en los labios.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Niego con la cabeza mientras tomo asiento a su lado.

—Espera, necesitas una copa.

—No he cenado.

—Da igual. —Levanta una mano y le pide al camarero un gin-tonic—. Bebe —me ordena en cuanto me lo ponen delante.

Doy un trago largo, pero las ganas de llorar no disminuyen. Los ojos se me llenan de lágrimas. Parpadeo para frenarlas, pero es inútil. Los que dicen que hay que beber para olvidar no tienen en cuenta que las penas —puñeteras ellas— saben nadar.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

Me apoyo en la pared del bar, envuelta en una nube de tristeza.

—David está casado. Y tiene dos hijas.

Mi hermana silba entre dientes.

—¡Qué cabrón!

* * *

La vida no me ha tratado excesivamente bien en lo que a hombres se refiere, la verdad. En los últimos cuatro años he tenido la suerte de que me dejaran por otra la friolera de cuatro veces. Y por otro, una vez. Así que, cuando empecé con David, me daba terror contarle. Por si acaso. En estos últimos tres meses, la única persona que sabía de la existencia de una relación entre ambos era Natalia. Ni siquiera se lo había dicho a mi madre. A pesar de que ella debía de sospechar algo.

—Muy contenta te veo últimamente —me decía cada dos por tres—. Ya soltarás qué es lo que te hace sonreír tanto.

—Ay, mamá, ¿qué va a ser? Que tengo la mejor madre del mundo —le contestaba yo, zalamera, para quitármela de encima.

—Ya —respondía ella, algo mosca, pero dejándose querer.

En cambio, a Natalia se lo había contado todo: cómo habíamos empezado, lo romántico que era él cuando nos veíamos. Poco, por su trabajo. Ahora me daba cuenta de que poco, por su mujer. Las ilusiones que tenía de que nos fuéramos a vivir juntos en mi nuevo piso, al que me mudaría en breve, cuando la cosa se afanzara. Qué estúpida.

* * *

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —Natalia me tiende de nuevo el gin-tonic—. Emborráchate, líate con un tío bueno, alguien que te quite el mal rollo del cuerpo y, luego, céntrate en la mudanza. Ya aparecerá Míster Perfecto.

—Sí, claro —rezongo—. Aparecerá cuando esté en el asilo. Seguro que es un viejecito encantador.

Mi hermana se ríe y me da un abrazo de consuelo. Yo intento esbozar una sonrisa, pero el cerebro se empeña en recordarme en ese instante lo patéticamente contenta que había ido a la guardia hacía tres meses, después de acostarnos la primera vez. Ahogo un sollozo en un

trago de gin-tonic y me doy cuenta de que la copa está ya vacía.

—Otra —pide Nati al camarero.

—No —protesto. Un hueco en el estómago y el gin-tonic no son buena combinación, y ya empiezo a notarme algo mareada.

—Receta del médico —contesta ella implacable.

—Dios mío, tengo que reponerme. Mañana he quedado con mamá para que me ayude a hacer la mudanza y no puede verme así.

—Creo que se imponen medidas de emergencia. Espera, ahora vuelvo.

Serpentea entre la gente que ocupa el estrecho pasillo del bar en dirección al baño. Yo echo un vistazo al móvil mientras apuro el segundo gin-tonic. Por un momento, tengo la esperanza de ver una llamada perdida de David, una llamada en la que me explique que no, que la mujer con la que ha ido a Urgencias era su hermana y las niñas, sus sobrinas. Eso es lo que pasa en las novelas románticas que mi madre reseña. Pero no. La pantalla está en blanco y su WhatsApp, en línea, pero no conmigo. Y es que esto es la vida real.

—Listo, guapa —dice Nati cogiendo su abrigo—. Déjate llevar.

—¿Cómo?

—¿Ves a aquel chico alto del final?

Al fondo del bar, un hombre bastante atractivo con un jersey negro de cuello vuelto y gafas sin montura nos mira con una sonrisa.

—¿Qué pasa con él?

—Le he dicho que te interesaría conocerlo.

La miro estupefacta, como si me hubiera dicho que le había propuesto a aquel tipo que le arreglara el coche.

—¿Que has hecho qué? Pero... ¿por qué has hecho eso?

—Ya puedes portarte mal esta noche. Me ha dicho que se había fijado en ti nada más entrar.

—¿Cómo?

—Adiós. No pagues, que ya está pagado. —Me besa y sale por la puerta, dejándome totalmente desconcertada.

Con timidez, vuelvo la cabeza y mis ojos se encuentran con los del desconocido. Está con dos amigos que también miran hacia mí. Su altura le permite contemplarme por encima de las cabezas de la gente que está entre los dos. El flequillo castaño le cae un poco desordenado sobre la frente. Los amigos bromean empujándolo hacia donde yo estoy. «¿Qué demonios? —me digo—. Nati tiene razón. Necesito volver a sentirme atractiva.» Alzo la barbilla tratando de esbozar una sonrisa. Creo que no me sale del todo bien, porque él pone una cara un poco rara, como si no supiera si eso era una sonrisa o una mueca, pero decide acercarse a comprobarlo.

—Hola. —Tiene una voz bonita y una sonrisa agradable. Los ojos, que juraría que son de un verde muy oscuro, chispean de interés tras los cristales de las gafas—. Me llamo Nico.

—Yo soy Marta.

—La chica que se ha ido...

—Mi hermana.

—¿Era tu hermana? No os parecéis mucho.

—No, ya. —Suspiro—. Yo siempre he sido el patito feo de la familia.

Su sonrisa acentúa un hoyuelo en la mejilla, cubierta por una barba de pocos días. Su atractivo y el pánico inundan mi cerebro entontecido por el gin-tonic a partes iguales.

—Supongo, entonces, que el patito feo se convirtió en cisne en algún momento. Porque no te calificaría yo así.

—¿Ah, no? —Vale, no es una respuesta demasiado buena, pero tengo el corazón en la boca y estoy aterrorizada.

—No.

Sus dedos juegan con un mechón de mi cabello. No puedo evitar soltar una risa nerviosa. ¿Qué estoy haciendo, Dios mío?

—¿Vamos a otro sitio? —pregunta mirando hacia atrás, donde sus dos amigos no pierden baza de lo que ocurre al otro extremo de la barra. Los señala con un movimiento de la barbilla y sonríe un poco avergonzado—. Me gusta-

ría conocerte mejor y hablar un rato contigo, pero me corta bastante tener público.

—¿Adónde quieres ir?

—Hay una tasca aquí al lado que abre hasta tarde. No he tenido tiempo de cenar nada.

—Yo tampoco.

—¿Te apetece que comamos algo allí?

Asiento. El corazón me late con tanta fuerza que me duele el pecho. Salimos juntos del bar y empezamos a caminar en silencio. La calle Goya está tan tranquila como un gato adormilado. Las tiendas, llenas a rebosar por el día, duermen ahora tras las puertas cerradas. Solo el sonido de algún taxi disperso, que parece un ronroneo, interrumpe el silencio. Me subo el cuello del abrigo, agradeciendo la brisa fría que me despeja la cabeza. Torcemos hacia la derecha en una de las calles perpendiculares. «Di algo», me exijo a mí misma.

—¿A qué te dedicas, Nico? —No me gusta nada hacer este tipo de preguntas. Es uno de los tópicos de las conversaciones banales. Muy pocas veces la haces y obtienes una contestación interesante. Te contestan: «Soy profesor», y tú dices: «¿De qué?», por proseguir la conversación, no porque realmente te interese. Y te lo explican con pelos y señales mientras asientes. Pero no se me ocurre otra forma de ocupar mi cabeza con algo que no sea David.

—Soy periodista deportivo. Salía ahora de trabajar en un partido de baloncesto con mis dos compañeros.

—Vaya, nunca había conocido a nadie que trabajara en eso.

—¿En qué trabajas tú?

—Soy pediatra.

—¿En serio?

Lo miro con una ceja enarcada.

—Sí, en serio, ¿qué pasa? ¿No tengo pinta de ser pediatra?

Se ríe.

—Te va a parecer algo cursi, pero pareces salida de un cuento de hadas, con ese pelo y esos ojos. No te pega algo tan práctico.

—Me temo que las apariencias engañan —contesto un poco ruborizada. El gin-tonic me ha soltado la lengua.

Él se para ante una puerta roja que ha sido pintada tantas veces que su tacto parece tan suave como el de un canto rodado.

—Es aquí —dice empujándola para entrar.

El restaurante es pequeño y está atestado. El tintineo de los cubiertos y de las copas de vino flota a mi alrededor mientras buscamos sitio en un extremo de la barra.

—¿Te gustan las croquetas? —pregunta Nico. Con la mirada, busca al camarero.

—Me encantan —respondo.

Un chico guapo y croquetas, mi definición de paraíso. Su rostro es una extraña combinación de energía y elegancia. La mandíbula marcada, las pestañas muy largas. Tanto como sus piernas, enfundadas en unos vaqueros algo raídos. Es atractivo. Eso es innegable. Pero no puedo dejar de sentirme extraña mientras devoro las croquetas y un plato de jamón entre sorbos de un par de copas de Ribera del Duero que no debería haber tomado. Me siento como Dumbo cuando bebió más de la cuenta y empezaron a bailar a su alrededor figuras rosa. Entre las figuras rosa, la conversación es agradable. Le apasiona leer y algunos de los autores que ha leído últimamente también me gustan a mí. Escucha música de los ochenta porque su padre lo acostumbró a oírla. Es un hombre normal. Y simpático. Hacía mucho tiempo que no estaba tan relajada con alguien del sexo opuesto.

—Me encanta tu pelo —dice de pronto—. Y tu sonrisa. Los párpados me pesan mucho.

—Y tus ojos, cuando sonríes. No como antes. ¿Qué te pasaba?

—¿Antes? —tartamudeo. Por un momento, no sé de qué habla.

—Sí, antes, has entrado en El Mismo con la cara traspuesta, como si hubieras recibido una mala noticia.

—Ah, ese antes —murmuro mientras todo vuelve a mi mente. David, la mirada de David. Esa mirada mitad excusa, mitad defensa. Dolor.

Levanto la cabeza. Nico me estudia con ojos cálidos. Extiende la mano, me aparta delicadamente un mechón de la cara y espera en silencio la respuesta. Pero yo no estoy dispuesta a dársela. Porque, si lo hago, me pondré a llorar. Siento cierto desasosiego en el estómago al notar cómo sus ojos bajan a mis labios. Pasa un segundo. Luego otro.

—Perdona, a lo mejor te ha molestado...

No dice más porque me abalanzo sobre él como un pulpo. Siento sus manos en mi cintura, cómo su lengua pide paso para apoderarse de mi boca. Sabe a vino y a risa. Me roza la aspereza de su barba en la barbilla y el olor a colonia de su piel. Me abraza más fuerte; mi cuerpo se arquea para estar más cerca. La postura me hace ser consciente de su erección. Intento recuperar el control, pero mi mente, empapada en gin-tonic, no responde a razones. Tengo que demostrarme algo a mí misma y al cabronazo de David, aunque nunca llegue a enterarse.

—¿Quieres que vayamos a un sitio más íntimo? —pregunta con un murmullo ronco.

Me siento deliciosamente narcotizada. El beso ha conseguido hundir a David en un rinconcito de mi mente.

—Vamos a mi casa. Está aquí al lado —respondo. Está llena de cajas de mudanza, pero de esa manera exorcizaré los recuerdos.

Mientras salimos del restaurante y recorremos las calles hasta mi minipiso sin dejar de besarnos, mi cerebro tiene un pequeño segundo de lucidez para preguntarme qué cuernos creo estar haciendo, pero es acallado enseguida por los vapores del gin-tonic.